

ANTONITA COLOME, famosa estrella del cine español, ha llegado por primera vez a Chile. La encantadora cantante y bailarina actúa en Radio Minería, en las audiciones de los martes y viernes. Cuando ensayó con Raúl Díaz y su orquesta exclamó: "Es Ud. el mejor director que me ha tocado en América. Lo felicito".

Antonita Colomé actuará hasta mediados del mes de diciembre, compartiendo su labor con el teatro Roma y el hotel Carrera.

Es la primera vez que viene al país y declaró que Chile se parece tanto a su patria, que ahora se explica todo lo bueno que había oído de nosotros.

"PACTO DE MEDIANOCHE", interesante obra de la escritora chilena Isidora Aguirre, está cosechando merecidos aplausos en la sala Talía. La excelente comedia dramática es complementada por "El canto del cisne", de Antón Chejov. El conocido actor y director Raúl Montenegro dirige e interpreta ambas obras, con la colaboración de figuras de los escenarios nacionales.

HOY LUNES, en funciones de vermut y noche. Actuará un



LA NACION. — VIERNES 10 DE DICIEMBRE DE 1954

De TEOFILO CID

Chileno básico

Me decía un director teatral que una de las ventajas de la formación de un público de teatro, aquí en Chile, era la creación eficaz de un lenguaje verdaderamente social. Evidente que los chilenos, dentro del conglomerado hispánico, somos los más inclinados al mutismo. Por pereza mental, o simplemente por languidez espiritual, el chileno no habla. Recuerdo una vez, en una fiesta del sur, cómo un amigo concitó el odio, la acrimonia, de un grupo de jóvenes locales: este señor habla demasiado, decían, entre enojados y sonrientes. Incluso le miraban con sospecha. Porque aquí, en Chile, es creencia arraigada que el hombre que habla es como el que toca la guitarra, un individuo de oscilante vida sexual. El silencio se ha ido cultivando hasta la exageración de evitar el empleo de palabras nuevas. Existe una palabra, que por pudor literario no voy a nombrar, palabra que ha ido substituyendo a todas aquellas que el chileno evita con singular cuidado. Es una palabra de inmensa indiscreción, palabra que, incluso, se transforma en verbo y que usamos con irresponsable locuacidad cuando estamos entusiasmados, es decir, cuando hablamos, cosa que pocas veces sucede.



ra se siente literato por esta razón. Porque es fácil escribir empleando el chileno básico. Es como leer a Shakespeare, después de aprender el inglés básico divulgado por ciertos innobles folletos de procedencia utilitaria y mercantil. Cualquiera, de acuerdo con esa falta de rigor en el idioma, se lanza a pergeñar artículos y novelas. ¿Para qué recordar a Cervantes? ¿Para qué traer a la memoria el imperpetinente recuerdo de Santa Teresa? En cambio, nos admira la claridad lingüística, el florido ramillete de palabras que aparece en los labios de cualquier labriego peninsular. El silencio que nos traba la lengua nos ha ido oprimiendo en tal forma, que, cuando queremos pedir algo, decimos sencillamente, pásame esa... Perdon, estuve a punto de lanzar el exabrupto.

En realidad, tenía toda la razón ese director teatral cuando me aseguraba que el teatro, por camino sutil, endereza a la gente hacia el desarrollo del lenguaje. Reemplazaría a la antigua tertulia del salón con estrado, en donde, quieras que no, se cultivaba el pulimiento idiomático. Ahora, las tertulias de la mayoría de los habitantes se realizan en torno a esos artefactos que se llaman radios, por donde es posible escuchar toda la sagrada tontería moderna. Recuerdo, al respecto, lo que le ocurrió a la hija menor de un amigo. Le preguntaron a la chica, en la escuela, qué es el Canadá. Y ella contestó: una bebida. Y claro, ¿qué iba a decir? Se había llevado la vida escuchando eso de Canadá en el aparato receptor que mi pobre amigo tuvo la malhadada idea de comprar. Sin tertulia, sin

café en donde charlar, ¿en dónde es posible escuchar la resonancia de un idioma digno? En el teatro. Porque no hablemos de cine, mejor. El cine es otro de los instrumentos al uso, puestos al servicio del envejecimiento del idioma. El cine y el fútbol. Mucha gente, de la que practica el chileno básico, habla cine o habla fútbol. Son como Babbitt, el engraido personaje de Sinclair Lewis, un norteamericano que merece mi mayor respeto. Babbitt decía, enorgullecido: yo hablo dos idiomas, el inglés y el póker. Y mentía, claro está, el pobrecito, porque solamente hablaba póker. Y... un poco de "slang" californiano. Aquí, nosotros, hablamos fútbol y jugamos con esa palabrita cuyo signo es la mano cóncava.

Vamos al teatro, chilenos; vamos a ver el Teatro Experimental y gocemos con la palabra que le prestó a Shakespeare León Felipe, y si nos asustamos con nombres tan graves, vamos al Talía a escuchar la excelente prosa de Isidora Aguirre. Aprenderemos a no temer a las palabras. Y cuando empecemos a hablar bien, nos vamos a dar cuenta de que estamos pensando correctamente.

Los dioses nos enviaron a la tierra para que hablemos bien, decía un latino exagerado. Pero no le faltaba una porción de razón cuando lo decía. Estaba la barbarie, ya, golpeando en las puertas de Roma. No seamos bárbaros. Hablemos. Discutamos. Los pueblos más finos de la tierra han sido pueblos habladores. Gente de Agora, al cabo Gente acaso un poco charlatana; pero llena de elegancia espiritual.

operam  
to sin  
atraía.

*Crítica de Enrique Bello  
Mayo 1955 - ProArte*

"Pacto de Medianoche", comedia dramática en un acto de Isidora Aguirre.

Intérpretes: Raúl Montenegro, y Ferry.

Escenario: Reinaldo Kenett.

"El Canto del Cisne", de Anton Chejov.

Intérpretes: Raúl Montenegro, secundado por A. Castillo.

Teatro Talía.

Vemos en el actor Raúl Montenegro a uno de los actores de carácter de mayores recursos dramáticos que ha tenido el teatro chileno. Sus interpretaciones en el repertorio del Teatro de Ensayo de la Universidad Católica, hasta no hace mucho tiempo, lo señalaron ya entre los artistas mejor dotados del primitivo grupo que dirigió Pedro Mortheiru. En estos dos últimos años, Montenegro, mediante una labor independiente en

diversos escenarios santiaguinos, perfeccionó una técnica interpretativa que se caracteriza por un expresionismo acentuado, capaz de desglosar a través del trabajo de voz y relajamiento muscular facial y corporal, una gama sorprendente de matices psicológicos de los personajes que interpreta. Este trabajo es especialmente notable en los dos personajes de Chejov que le conocemos ("Sobre el daño que hace el tabaco" y "El Canto del Cisne").

Nuestro propósito inicial era el de comenzar por referirnos a la obra de Isidora Aguirre, pero ya que hemos hablado de Montenegro, nos referiremos brevemente a su encarnación del actor en "El Canto del Cisne", de Chejov. Su aparición en aquel escenario muerto, y luego su extenso monólogo entre la conciencia de su borrachera, hasta que aparece el anciano apuntador (A. Castillo); sus imprecaciones al destino, las llamas sin respuesta a esos ayudantes que nunca aparecerán a socorrerlo en su soledad llena de temores la relación de su pasado encuentran en Montenegro al intérprete justo. El espectador va identificándose cada vez más intensamente con la suerte del pobre diablo y con la grandeza que Chejov pone en estos arquetipos del hombre "enemigo de sí mismo".

Obra llena de escollos para el actor más fogueado, "El Canto del Cisne" será irrepresentable absolutamente para quien sólo atiende a la repetición correcta del extenso texto. Montenegro salva la aridez que siempre hay en un monólogo tan largo como éste, llenando silencios con un juego que se contiene principalmente en la expresión de los ojos y en el dominio muscular del rostro; pero ello es válido sólo porque esas contracciones resultan en él de una entrega total al espíritu del personaje, que el actor vive con sinceridad visible. El pudo aprovechar las citas de los clásicos que recita ante su pobre

amigo Nikitúska, cuando recuerda su juventud de actor, para lucir al actor, pero, fiel al personaje, lo hace como debe hacerlo el actor en decadencia, semiebrio.

Como la lenta aparición en escena su salida del escenario deja en el ánimo del espectador una amarga comprensión humana.

Ha sido una sorpresa "Pacto de Medianoche", de Isidora Aguirre. Esta obra es un acto que revela a una autora potencialmente dotada de las capacidades que hacen del dramaturgo un intérprete esencial de las pasiones y de las vivencias. Isidora Aguirre —a quien se la conoce en el ambiente artístico como Nené Aguirre— ha compuesto su pieza con escasos elementos de realce. Hay poesía y magia en este inesperado "Pacto de Medianoche", pero una poesía que está implícita en el desarrollo dramático y no superpuesta en los textos, lo que resulta admirable en una autora que estrena por primera vez. El desenlace del asunto y librenos Dios de contarlo aquí, es inusitado y audaz. Nos trajo a la memoria algunas obras de Lenormand; pero quede bien en claro que la obra de Isidora Aguirre nada tiene que ver con el teatro del recordado dramaturgo francés. El asunto de "Pacto de Medianoche" puede situarse en cualquier lugar de la tierra... sólo que las reacciones de sus personajes corresponden a tipos nuestros, de la América española. La autora ha creado una pequeña obra modelo, en la que un diálogo libre de falsa literatura teatral surge sin que se le advierta, porque corresponde estrictamente a la acción o a los acontecimientos imaginados por los personajes. La unidad lograda por Isidora Aguirre en esta primera muestra de su trabajo dramático debe llamar la atención de nuestros escritores de teatro. Los actores principales, la actriz uruguaya Ferry y nuestro Raúl Montenegro, respectivamente, debilitaron y apoyaron el contenido dramático de la obra. Ferry se mostró visiblemente débil en la escabrosa escena inicial, que pierde su efecto cuando la solitaria aprendiz de suicida no logra convencernos de que, realmente, va a abandonar este mundo. Difícil, además, expresar en una prolongada escena muda, el grito desgarrador que está ahogándose en ella. Difícil pero posible para una actriz que llegue a concentrarse en la situación.

Montenegro mostró, en el papel de su extraño personaje, la versatilidad que posee para adaptarse a diversos caracteres. Fue el personaje opuesto del Chejov que ofreció a continuación; pero esta vez se le vio sencillo, dueño de una naturalidad franca, con el optimismo propio del imaginario individuo liberado de sus terrenas ligaduras.

La escenografía para las dos obras es bastante apropiada. Reinaldo Kennet, su autor —es el primer trabajo que de él conocemos— consiguió el ambiente necesario, sobre todo con el destartado escenario de la pieza de Chejov. La iluminación desfavoreció la obra de Nené Aguirre, por ser excesivamente plana; faltaron casi totalmente los contrastes. En cambio, la tonalidad de penumbra de "El Canto del Cisne", acentuada solamente por la vela que el actor mantuvo encendida durante todo el monólogo, portándola de un lado a otro, colaboró eficazmente con el ambiente.

Corramos cortina final a esta función mencionando de nuevo a Isidora Aguirre. Si ella mantiene en la creación teatral el ritmo firme de estos primeros pasos, llegará lejos por tal camino. La estructura de esta primera obra es sólida, su tejido fino, y esos personajes... caminan.

*Robt.  
Medianoche  
Rio 1954  
May 55  
crítica*

59035